

El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el dia tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de su cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así á entender, que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento.

Ya hemos visto de qué manera el sentimiento religioso y el del amor, y la noticia completa ó desfigurada de la divinidad y de la muger sirven hasta cierto punto para ponernos de manifiesto las diferencias esenciales que se advierten entre la poesía bíblica y la de los pueblos gentiles. Solo nos falta ahora, para dar fin á este discurso, que va creciendo demasiado, poner á vuestra vista, como de relieve, la inconmensurable distancia que hay entre las constituciones políticas de los pueblos más cultos entre los antiguos y la del pueblo hebreo, depositario de la palabra revelada; y el diverso influjo que esas distintas constituciones ejercieron en la diferente índole de la poesía gentilica y de la hebráica.

Ya he manifestado antes, y confirmo ahora mi primera manifestacion, que las fuentes de toda poesía grande y elevada son el amor á Dios, el amor á la muger, y el amor al pueblo: de tal manera, que la poesía pierde las alas con que vuela allí donde los poetas no pueden beber la inspiracion en esos manantiales fecundos, en esas clarísimas fuentes. Para que existan esos fecundísimos amores, una cosa es necesaria; que sea conocida la divinidad con toda su pompa, la muger con todos sus encantos, el pueblo con todas sus libertades y todas sus magnificencias; por esta razon, allí donde se dá el nombre de Dios á la criatura, de muger á una esclava, de pueblo á una aristocracia opresora, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la poesía con toda su pompa y magestad no existe, porque no existen esos fecundísimos amores.

Ahora bien: la nocion del pueblo es el resultado de estas dos nociones: la de la asociacion, y la de la fraternidad. ¿Sabeis lo que es el pueblo? El pueblo es una asociacion de hermanos; y ved por qué la nocion del pueblo no puede coexistir en el entendimiento

con la de la esclavitud. De donde se sigue, que el pueblo no ha podido existir ni ha existido sino en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la gente hebrea, por Jesucristo á todas las gentes. Lo que en las repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo; es decir, una asociacion de hermanos, sino una verdadera aristocracia; ó lo que es lo mismo, una asociacion de señores.

Esto explica, por qué entre los griegos la poesía es eminentemente aristocrática. Homero canta á los reyes y á los dioses: nos dice sus genealogías; nos cuenta sus aventuras; nos describe sus guerras; celebra su nacimiento, y llora su muerte. Los poetas trágicos presentan á nuestra vista el espectáculo soberbiamente grandioso de sus amores, de sus crímenes y de sus remordimientos. Los humanos infortunios y las pasiones humanas, para ser elevadas á la dignidad y á la altura de sentimientos trágicos, debian caer sobre las frentes y conturbar los corazones de hombres de régia estirpe y de nobilísima cuna. El fratricidio no era un asunto trágico, si los fratricidas no se llamaban Eteocle y Polinice, y si la sangre no manchaba los mármoles del trono. El incesto no era digno del coturno, si la mujer incestuosa no se llamaba Fedra ó Yocasta, y si el horrendo crimen no manchaba el tálamo de los reyes. Por donde se ve, que entre los griegos no habia asuntos trágicos, sino personas trágicas; y que la tragedia no era aquella voz de terror, aquel acerbo gemido que la humanidad deja escaparse de sus labios cuando la turban las pasiones, sino aquella otra voz fatídica y tremenda que resonaba lúgubrementemente en los régios alcázares, cuando los dioses querian dar en espectáculo al mundo las flaquezas de las dinastías y la fragilidad de los imperios.

Si volvemos ahora los ojos al pueblo de Dios, nos causará maravilla la grandeza y la novedad del espectáculo. El pueblo de Dios no trae su origen ni de semidioses ni de reyes; descende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abraham, de Isaac y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto, todos son libres: sujetos todos á un solo Dios y á una sola ley, todos son iguales. El pueblo de Dios es el único de la tierra, entre los anti-

guos, que conservó en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moisés les dió leyes, no instituyó el gobierno aristocrático, sino el popular; y les concedió derecho de elegir sus propios magistrados, que, en calidad de guardadores de su divino estatuto, tenían el encargo y el deber de mantenerlos á todos, así en la paz como en la guerra, bajo el imperio igual de la justicia. Desconocíanse entre los hebreos los privilegios aristocráticos y las clases nobiliarias; y temeroso su gran legislador de que la desigual distribución de las riquezas no alterase con el tiempo aquella prudente armonía de todas las fuerzas sociales, puestas como en equilibrio y balanza, instituyó el jubileo, que venia á restablecer periódicamente esa justa balanza y ese sabio equilibrio. Dieron á sus magistrados supremos el nombre de jueces, sin duda para significar que su oficio era guardar y hacer guardar la ley que les había dado Dios por su profeta, sin la ilegítima intervención de su voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la república largo tiempo, hasta que el pueblo, amigo siempre de mudanzas y novedades, cambió su propio gobierno, instituyendo la monarquía por un acto solemne de su voluntad soberana. Este cambio sin embargo tuvo menos de real que de aparente, como quiera que el rey no fué sino el heredero de la autoridad del juez, limitada por la voluntad de Dios y por la voluntad del pueblo.

Por eso, el pueblo es la persona trágica por excelencia, en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza: el pueblo es el que acepta y sanciona la ley: el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones: el que levanta ídolos y los adora: el que quita jueces y pone reyes: el que se entrega á supersticiones y agüeros: el que bendice y maldice á un tiempo mismo á sus profetas: el que ya los levanta sobre todas las magistraturas, ya los destroza con atrocísimos tormentos: el que magnifica al Dios de Israel, y recibe con himnos de alabanza á los dioses egipcios y babilonios: el que puesto en el trance de escoger entre las iras del Señor y sus misericordias, en el ejercicio de su voluntad soberana renuncia á sus misericordias y va delante de sus iras. En Israel no

hay más que el pueblo: el pueblo lo llena todo: al pueblo habla Dios: al pueblo habla Moisés: del pueblo hablan los profetas: al pueblo sirven los sacerdotes: al pueblo sirven los reyes: hasta los salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

Las pompas de la monarquía duraron poco, y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomón príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos, y en la guerra felicísimos: gobernaron á Israel con imperio templado y justo, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos: el último fué visitado por los reyes del Oriente: levantó el templo del Señor sobre piedras preciosas, y le enriqueció con maderamientos dorados: la fama de sus magnificencias y de su sabiduría más que humana se extendió por todas las gentes. Pero cuando estos príncipes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó á despeñarse la magestad del imperio, sin que nunca más tornara á volver en sí: dividiéronse las tribus; y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentos dos imperios enemigos, dados ambos á torpezas y deleites. Siguiéronse de aquí grandes discordias y guerras, furiosos temporales y horrendas desventuras. Los reyes se hicieron idólatras y adoraron los ídolos: los sacerdotes se entregaron al ocio y al descanso. El pueblo se había olvidado de su Dios, y las muchedumbres tumultuaban en las calles.

En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios á sus grandes profetas, para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra y sacaran de su profundo olvido y hondo letargo á los reyes idólatras, á los sacerdotes ociosos y á aquellas bárbaras muchedumbres, dadas á sediciones y tumultos. Jamás en ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores: Roma tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas: como los tribunos, defendían los intereses populares; como

los oradores, proponían lo que juzgaban conforme á las conveniencias del Estado. Un profeta era más que Homero, más que Demóstenes, más que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes á un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los reyes. Por eso, los profetas amenazaban, imprecaban, maldecían; por eso, dejaban escaparse de sus pechos, poderosas, tremendas aquellas voces de temor y de espanto, que se oían en Jerusalem cuando venía sobre ella con ejército fortísimo y numerosísimo el rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesáreos miraban siempre, antes de hablar, los semblantes de los príncipes.

Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenían puestos los ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo: los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, atentos solo á lo que Dios les decía interiormente en sus almas: por eso hicieron frente á los odios implacables de los príncipes, que habiendo puesto su sacrílega mano en el templo de Dios, no temían ponerla en el rostro augusto de sus profetas: por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignacion y bramido popular, creciendo su constancia al compás de la persecucion y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos: por eso, en fin, casi todos, ó entregaron sus gargantas al cuchillo, ó buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, señores, si hay en la historia un espectáculo más bello que el de los profetas del pueblo de Dios luchando armados con el solo ministerio de la palabra contra todas las potestades de la tierra. Yo no sé si ha habido en el mundo poetas más altos, oradores más elocuentes, hombres más grandes, más santos y más libres; nada faltó á su gloria, ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.

Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo, comienza la época del castigo. Antes de poner término á este discurso, hagamos todos aquí una estacion: recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sófocles escribió una de las mas bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo Rey*: Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los más bellos ingenios, y á nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que más honran nuestra literatura clásica.

Pero hay otra tragedia más admirable, más portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y á quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino más bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atreveria á intitularla *Edipo pueblo*.

Edipo adivina los enigmas de la esfinge; y es reputado por el más sábio y el más prudente de los hombres: el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano; y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre todos sus competidores, y le asientan en el trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promision, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos délficos, habian anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre: Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, habia anunciado á los judíos que matarian á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la historia, que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis, señores : unos mismos son los oráculos, y una misma la catástrofe : ahora vereis cómo una misma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda ; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio : Polibio estaba muy lejos de allí, y el que murió á sus manos, era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazareth : saben que le pusieron en una cruz en el Monte Calvario, y que le pusieron entre dos ladrones para más escarnecerle ; pero su conciencia está tranquila : su Dios habia de venir, pero aun estaba lejos : su Dios habia de ser conquistador y rey, y habia de rugir como el leon de Judá ; mientras que el hombre de la cruz habia nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no habia encontrado una piedra en donde reclinar su frente. — « Si eres hijo de Dios, ¿ por qué no bajas de la cruz ? » — dijo el pueblo judío : — « si el que murió á mis manos me habia dado el sér, ¿ cómo al darle la muerte no saltó el corazon en mi pecho ? ¿ cómo es que no me habló la voz de la sangre ? » — esto dijo el rey parricida. — Y el pueblo matador de su Dios, y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron á los oráculos, y se mofaron de los profetas.

Pero la divinidad implacable, que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseidos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto : — « ¿ Quién es el hombre de la senda ? ¿ Quién es mi padre ? ¿ Quién soy yo ? » — El pueblo judío pregunta á Jesus : — « ¿ Quién eres ? ¿ Eres por ventura nuestro Dios y nuestro rey ? » — El drama aquí comienza á ser terribleísimo : no hay pecho que no sienta una opresion dolorosa, inexplicable, increíble ; ni frente que no esté bañada con sudores ; ni alma que no desfallezca con angustias.

Entretanto, la cólera de los dioses cae sobre Tebas : la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En

la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolacion y la muerte. Las matronas tebanás discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan á los dioses. Sobre Jerusalem la mística, la gloriosa, cae un velo fúnebre : por aquí van santas mugeres que se lamentan ; por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan á la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo. — « Una generacion no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sion, tan grandes desventuras, que sereis asombro de las gentes : ya, ya asoman por esos repéchos las romanas legiones : ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas capitolinas ; Jerusalem ! Jerusalem ! ¡ Ay de tus hijos ! porque tienen hambre y no encuentran pan, tienen sed y no encuentran agua ; quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios, y están sin Dios y sin templo ; quieren vivir, y á cada paso tropiezan con la muerte ; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura, y son pasto de las aves. »

Edipo sale de su alcazar para consolar á su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto á tormento y echado de la tierra : lanza sobre él anticipadamente la excomunion sacerdotal ; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseido de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le oscurece la razon, y ardiendo en la fragua de sus furores, exclama diciendo : *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ; Desventurado pueblo ! ; Desventurado rey ! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y despues, cuando los oráculos bíblicos y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo deicida de la tierra de promision, y el parricida huye del trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia : el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas : el pueblo judío

camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de region en region, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre, que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del talion á la ley de la gracia; y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado: dió bofetadas á su Dios, y há ya diez y nueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo: escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro: despojó á su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros, y le arrojan desnudo al otro lado de los mares: dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones: puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas: crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente: mientras que los dioses ningún otro consuelo dejaron á Edipo sino su Antígona, el Dios que murió en la cruz, en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

Entre la tragedia de Sófoles y esa otra tragedia sin nombre y sin título, cuya maravillosa grandeza acabo de exponer á vuestros ojos con toda su terrible magestad, hay la misma distancia que entre los dioses gentílicos y el Dios de los hebreos y los cristianos; la misma que entre la Fatalidad y la Providencia: la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo, que ha sido el más libre de todos los pueblos y el más grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me habia propuesto presentar ante vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza están en él, como trazado que ha sido por el mismo Dios, en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontrais grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son míos: por ellos reclamo vuestra indulgencia; vuestra indulgencia, señores, que nunca ha sido negada á los que, como yo, la imploran, y á los que, como yo, la necesitan.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 4 DE ENERO DE 1849;

PRECEDIDO

DE UN ARTÍCULO INSERTO EN **EL HERALDO** DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1848,

Y

seguido de la Correspondencia con el señor Conde de Montalembert, y de la Polémica con algunos periódicos.